

LA ANTROPÓLOGA ARGENTINA DIRIGE  
LA CÁTEDRA “ANTROPOLOGÍA APLICADA” EN LA UNSAM

## Entrevista a Marian Moya: “Sí se puede hacer antropología aplicada, el tema es cómo y de acuerdo a qué modelos”



*“Nosotros necesitamos modelos específicos para América Latina, no modelos importados de Estados Unidos, país que además tiene sus intereses específicos” sobre la región, nos dice. Marcelino Fontán “es el pionero de la antropología aplicada en nuestro país” y enseñó que detrás del conocimiento científico “hay intereses políticos y económicos”, de ahí la importancia de posicionarnos como antropólogos/as y “desnaturalizar nuestro propio conocimiento”. En la antropología aplicada “está el futuro de la disciplina”.*

ENTREVISTA REALIZADA POR:

JUDITH FREIDENBERG

INSTITUTO DE DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL (IDES)

UNIVERSIDAD DE MARYLAND

ARGENTINA / EEUU

TRANSCRIPCIÓN DE:

ANNEL MEJÍAS GUIZA

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES (ULA) / RED DE ANTROPOLOGÍAS DEL SUR

MÉRIDA, VENEZUELA

FOTOGRAFÍA DE:

ARCHIVO MARIAN MOYA

ENTREVISTA



Desde la cátedra “Antropología Aplicada”, en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), la antropóloga argentina Marian Moya enseña lo que considera será el nuevo perfil profesional de las nuevas generaciones de antropólogos y antropólogas en América Latina: salir del cónclave académico, ocupar otros espacios no universitarios. Ahí comparte sus experiencias como antropóloga aplicada y construye un nicho para contribuir a abrir ese abanico laboral.

Desde ese flanco, clara en su propósito y esperanzada, Moya, quien es Ph.D. en Relaciones Sociales (Rikkyo University, Tokyo, Japón) y licenciada en Ciencias Antropológicas (Universidad de Buenos Aires, Argentina), nos conversa sobre la antropología aplicada, esa diatriba con la antropología académica, los cambios suscitados y su posible devenir.

*- Según su experiencia, ¿cuáles serían los aspectos conceptuales centrales de la antropología aplicada?*

- Muchas gracias a quienes están encargados de la edición de este número por la invitación a hablar sobre la antropología aplicada, que es un área que, si bien está teniendo mucho protagonismo en el campo de nuestra disciplina, también revela algunas resistencias y prejuicios en relación con la práctica profesional de la antropología. Con respecto a los conceptos que se vinculan con la antropología aplicada, en primer lugar, hay que aclarar que nosotros hablamos de antropología aplicada, pero en el campo académico hay muchas formas de denominarla, por ejemplo, antropología pública, antropología por demanda, antropología de gestión, antropología de orientación pública, etcétera. Son muchas denominaciones, pero que son preocupación del campo académico. Cuando nosotros hacemos trabajo aplicado, ni nuestros comitentes ni las personas con las que trabajamos, nos preocupamos por qué y cómo se llama lo que hacemos.

- *Creo que eso tiene que ver con la división tajante, que se hizo durante tanto tiempo, de trabajar en la academia (fundamentalmente nuestras universidades) versus trabajar fuera de la academia.*

- Viene de esa dicotomía que en realidad es una falsa dicotomía. Primero, quienes trabajamos antropología aplicada nos formamos en la academia, no salimos de otros espacios. Hay diferencias entre el trabajo académico y el trabajo aplicado, hay ventajas y desventajas en cada uno de esos ámbitos. La falsa dicotomía tiene que ver con que se habla desde el ámbito académico que la antropología aplicada es ateórica o un campo amorfo, que no se sabe muy bien qué hace un antropólogo fuera de la academia, esto está relacionado con la pregunta que me hiciste. En realidad, si nosotros no aplicamos marcos metodológicos y epistemológicos de la antropología, no haríamos antropología, haríamos otra cosa, pero que no es antropología. Siempre que trabajamos en ámbitos de gestión o espacios de aplicación de la antropología, necesitamos que nuestros trabajos estén fundados teóricamente, y esa teoría también nos va a orientar la metodología, porque además no puede haber teoría sin metodología.

Creo que a veces el problema está en que no se aprovecha la práctica profesional para retroalimentar lo que se reflexiona en la academia, porque en muchos de los hallazgos y de los trabajos que se hacen en el ámbito aplicado o de gestión se pueden testear las teorías antropológicas y las técnicas relacionadas con la metodología. Tendría que haber más diálogo entre la academia y el ámbito aplicado.

- *¿No se puede trabajar en el ámbito académico y hacer antropología aplicada?*

- Sí. De hecho, hay muchos antropólogos aplicados que también tienen su inserción académica y otros que no, hay otros antropólogos que se dedican solo a la academia. Serían como tres perfiles de antropólogos. Quien trabaja en esos dos espacios, en esa zona intermedia con un pie en lo aplicado y un pie en lo académico, en mi opinión es el que tiene la visión más integrada de lo que es la antropología y para qué puede servir la antropología en beneficio de

la sociedad en general. El problema con los antropólogos que solo laboran en el ámbito aplicado, que no tiene inserción académica —y esto lo he escuchado de muchos colegas—, es que tienen dificultades en actualizarse en lo relacionado con nuevos conocimientos teóricos y metodológicos, y se quedan un poco anquilosados o desactualizados. ¿Por qué? Porque trabajan de manera atomizada, están dispersos, no tienen diálogo con la academia. Cuando toman consciencia, buscan volver a los ámbitos académicos.

*- Puede ser que el binomio tenga que ver con la inserción laboral...*

- Sí, son varios factores que hacen que se perciba de esa manera la dicotomización entre la antropología aplicada y la antropología académica. Uno, la formación de los antropólogos. En América Latina está bastante generalizado que nos formen con una orientación académica para ser investigadores “puros” y lo que empieza a tener valor es la cantidad de publicaciones, cuáles son las estrategias para conseguir promoción en la carrera, cómo insertarse en equipos de investigación... lo que en general pueda mejorar la carrera académica del antropólogo. En ese sentido, también hay problemas, porque si solamente cuenta la cantidad de publicaciones, y ya sabemos cómo se mueve el mercado académico con esa cuestión, muchas veces en el afán de poder mantenerse en ese lugar académico se pierde de vista lo que tiene que ser, en mi opinión, el objetivo del trabajo antropológico: hacer algún aporte a la transformación de la sociedad.

*- Estoy completamente de acuerdo...*

- Se genera como una alienación del antropólogo académico y pierde de vista el objetivo último por el cual se supone que uno elige esta carrera. Ese me parece que es un tema: de formación. El otro punto es que también hay una realidad: que las agendas del antropólogo aplicado en cuanto a teoría y metodología, la marca la academia. Hay una cierta posición de desventaja para el antropólogo aplicado, porque tiene que seguir esos lineamientos o agendas que marca la academia. En ese sentido, también hay como una percepción de parte de los académicos de que el antropólogo

aplicado está en una posición subordinada. Esos serían algunos de los factores de esta falsa dicotomía.

Para cerrar esta pregunta, volviendo al tema de los conceptos, nosotros en antropología aplicada por supuesto que recurrimos a los mismos conceptos que se trabajan en antropología académica. Para ejemplificar en qué puede haber diferencias entre ambos ámbitos, supongamos que estamos pensando en el concepto de comunidad. En el ámbito académico el concepto de comunidad desde la antropología está muy cuestionado, porque está asociado a determinadas corrientes teóricas antropológicas que hoy ya han sido superadas. En otro momento se usaba en el campo académico, pero hoy no. Sin embargo, en el ámbito de gestión se sigue usando el concepto de comunidad, por ejemplo, trabajando con la UNESCO. Esta organización maneja todo el tiempo el concepto de comunidad y no podemos decir a la UNESCO: “No lo usen”, así de la nada. Tiene que haber como una negociación en el ámbito de gestión con los términos que usamos, teniendo en cuenta estas salvedades que hacemos en la academia, pero tenemos que usar la palabra comunidad, porque, si no, no podemos tener términos en común para poder comunicarnos. Yo puedo usar la palabra comunidad cuando estoy haciendo un informe para la UNESCO, pero teniendo bien claro desde la antropología y la teoría antropológica todas las implicancias que podría tener de acuerdo a cómo lo usamos en antropología. La palabra es la misma, pero se emplea de distinta manera en los diferentes espacios.

*- Y tenés que entender como antropólogo cómo lo utiliza la institución para la cual estás trabajando.*

- Claro, para tener un terreno en común donde comunicarnos, porque, si no, sería imposible dialogar. También debemos tener en cuenta que muchas de la organizaciones internacionales todavía, como el sentido común, se basan en conceptos que la antropología dejó atrás hace mucho o que están cuestionados, criticados, problematizados desde otro lugar. Por ejemplo, comunidad, diversidad cultural, cultura... con todas las implicancias que nosotros como antropólogos sabemos y la dificultad que tenemos para definir

esos conceptos, si se pueden definir. En cambio, en los ámbitos de gestión son palabras que se usan todo el tiempo. Y eso tiene que ver también con los distintos posicionamientos que tiene el antropólogo en la academia y los espacios de gestión. En la academia el posicionamiento es crítico.

- *Claro, te forman para hacer reflexiones críticas.*

- Exactamente, te forman para tener una reflexión crítica constantemente. En cambio, en los espacios de gestión, si bien podemos ser críticos, el objetivo es otro: llevar propuestas para solucionar determinados problemas. Podemos criticar, por supuesto, la reflexión crítica no la vamos a perder nunca, pero no nos podemos quedar solamente en el cuestionamiento y en la crítica. Hay que buscar estrategias que a veces requieren estas negociaciones, por ejemplo, en relación a los términos con los comitentes, con las instituciones, para poder operar sobre la realidad; si no, no podemos hacer nada.

- *Por ejemplo, transar y utilizar la misma palabra que ellos usan teniendo en cuenta que nosotros tenemos una actitud, no solamente de gestión, sino también de reflexión teórica sobre el concepto.*

- Por eso es importante entender que el antropólogo aplicado también necesita tener un sustento o base teórica muy sólida, porque, de lo contrario, puede hacer desastres.

## DIFERENCIAS ENTRE LOS CAMPOS

Una antropóloga o antropólogo académico goza, además de un salario estable, de subsidios para asistir a reuniones científicas nacionales e internacionales y se dedica a publicar. Sus investigaciones pueden contar con más tiempo para ser ejecutadas. La labor de una antropóloga o antropólogo aplicado no se encuentra mediada por el mundo de las publicaciones o presentaciones en eventos académicos, su tiempo está limitado, como nos enfatiza Marian Moya: “los criterios de evaluación de un antropólogo profesional va a ser el resultado de su trabajo, es decir, si logró los objetivos

que se propone en el proyecto que emprendió y también cual es la percepción que del trabajo del antropólogo tiene de su comitente”.

- *Además, no le van a exigir publicaciones sino más bien informes...*

- Ahí hay otro tema. Cuando como antropólogos aplicados elaboramos un informe, una vez que lo terminamos y entregamos, hacemos la devolución a nuestro comitente, ese informe ya es del comitente, a nosotros nos pagaron por hacer ese informe. Y muchas veces ese informe ni siquiera tiene nuestros nombres, nuestra autoría. Es muy distinto a cómo se mueve el mundo académico, la producción en el mundo académico.

Otra diferencia es en el tipo de trabajo que se hace, porque el antropólogo académico, cuando tiene una inserción en una universidad, tiene un trabajo seguro con un salario en un ámbito estructurado, conocido, que no cambia mucho. En cambio, en el trabajo aplicado cuando termina un proyecto empieza otro, y después otro, y otro, son escenarios distintos, personas diferentes, tipos de proyectos diferentes. Es un escenario mucho más cambiante, mucho más inseguro, porque no tengo la seguridad de que voy a tener trabajo todo el tiempo. Eso marca una diferencia importante entre la academia y el ámbito profesional.

- *¿Podrías dar algunos ejemplos de lo que estás hablando en términos de tu trayectoria personal?*

- Sí. Trabajé en ámbitos muy distintos. En general, lo que podemos decir que tenemos en común en el trabajo de antropología aplicada, primero, los marcos conceptuales y segundo, por supuesto, la metodología. Algo que es muy valorado fuera de la academia en la antropología aplicada es la etnografía, ya que es un recurso de la antropología tan valorado que a veces es apropiado por otros profesionales, a veces se lo apropian bien, a veces no. Hay casos, por ejemplo, donde se hace marketing y comunicación, que han llegado a registrar como marca la etnografía. Hay una antropóloga que reflexiona sobre estos temas de antropología aplicada, muy interesante su trabajo, Marietta Baba. Ella dice que en esos casos en los que la etnografía sale de la academia, y sale

además totalmente desarticulada de la teoría, porque se usa solo como recurso metodológico (es justamente lo que no tenemos que hacer los antropólogos: desarticular teoría de etnografía), en estos casos la etnografía se vuelve una mercancía, entra a circular en un mercado como un producto que se vende, tipo formato de servicio, pero queda totalmente desarticulada de los marcos epistemológicos de la antropología los cuales sustentan la etnografía. Eso creo que tenemos que defenderlo desde la antropología.

- *¿Cómo se defiende?*

- Uno, visibilizando la antropología en el espacio público. La sociedad en general no sabe qué hacemos los antropólogos, estoy segura que muchos acá han tenido la experiencia de decir: “Soy antropólogo”, y te responden: “Ah, trabajás con huesitos, con piedras, los dinosaurios, las momias, Indiana Jones”, todo un imaginario en torno a la antropología social que no tiene nada que ver con lo que nosotros hacemos, a lo mejor alquilo que ver, pero nosotros no trabajamos ni con momias, ni con dinosaurios, ni somos Indiana Jones. En primer lugar, es importante salir nosotros al espacio público, ya que estamos siempre replegados en las universidades, por ejemplo, muchos de nuestros colegas no quieren hablar en los medios de comunicación, porque se piensa acá en la Argentina que es transar con el sistema o ensuciar la disciplina.

- *¿Viene más que todo de la ideología más aislacionista de la academia?*

- Sí, totalmente. Ahí entra esa escisión entre la antropología aplicada y la antropología académica, porque cuando se busca la voz del experto no van a buscar a un antropólogo aplicado, sino a uno académico, que tenga muchas publicaciones. Además, la voz del experto, que también es otro tema del que podríamos hablar horas, no garantiza que lo que el experto diga tenga que ver con el tema consultado. Hay otro tema: ahora se está abriendo el campo de la antropología aplicada, pero hasta hace muy poco los puestos apropiados para antropólogos eran ocupados por sociólogos, o trabajadores sociales, o politólogos, incluso enfermeros o comunicólogos, porque no se sabe lo que el antropólogo puede hacer.



Siempre que trabajamos en ámbitos de gestión o espacios de aplicación de la antropología, necesitamos que nuestros trabajos estén fundados teóricamente.

- *Por tu experiencia profesional, ¿qué podría hacer el antropólogo aplicado para tener más visibilidad pública y ser convocado?*

- Uno de los temas que me parece fundamental es la divulgación de la antropología. Ahora hay muchos recursos en los medios, en las redes sociales, para poder mostrar lo que hacemos y para poder difundir los resultados de nuestro trabajo, incluso académico, no solamente aplicado. La divulgación me parece fundamental. También empezar a dar visibilidad en los espacios educativos, la escuela, por ejemplo, no solo a nivel universitario sino a nivel secundario, incluso un poquito a nivel primario. Empezar a instalar el tema de la antropología en la sociedad en general. La divulgación es clave y es responsabilidad nuestra, porque, si no saben afuera qué es lo que hacemos, cómo nos van a venir a buscar.

- *¿Esto no tendría relación que por lo general los antropólogos aplicados no se asocian institucionalmente a una sociedad profesional que los represente, por lo menos en América Latina?*

- Claro. Esa es una de las asignaturas pendientes. Lo que pasa es que a los antropólogos aplicados, por lo menos en América Latina, les cuesta organizarse. En Estados Unidos, por ejemplo, tienen mucha más historia y trayectoria. En nuestros países contamos con colegios, acá tenemos el Colegio de Graduados (en Antropología de la República Argentina), pero como todo es a pulmón, casi un voluntariado y con los magros sueldos que tenemos de las universidades o de las instituciones que financian nuestras investigaciones, es difícil sostener una asociación en estas condiciones.

- *En realidad, nuestros colegios de antropólogos son como pequeñas sociedades de antropología aplicada, porque son sociedades profesionales.*

- Sí, pero no siempre funcionan como tales, por lo menos en Argentina. Creo que en Brasil están mejor organizados, pero pienso que falta trabajo en ese sentido. No por falta de voluntad, sino porque las condiciones ajenas o estructurales no contribuyen a que podamos tener más facilidad para ocuparnos de esos temas. Pero lo bueno es que ahora sí se están abriendo otros espacios que convocan a antropólogos. Se está tomando consciencia en los espacios académicos de cómo formar a los futuros antropólogos aplicados.

## EL FUTURO DE LA DISCIPLINA

Para Marian Moya, la academia es como un embudo: “Hay muchos graduados pero pocos van a poder insertarse en los espacios de investigación académicos” por diversos problemas estructurales, entre ellos el privilegio del cual gozan las llamadas “ciencias duras” en las políticas científicas, especialmente las presupuestarias, sobre las ciencias sociales. A esto se suma el falso prejuicio de que las ciencias sociales no generan soluciones concretas para problemas de la sociedad.

Si bien constituyen desventajas, Moya cree que al no querer desarrollar una carrera académica los y las estudiantes de antropología, quienes son las futuras generaciones, van dejando en segundo plano estas preocupaciones: “Cada vez vienen más estudiantes en la universidad que tienen un compromiso muy definido para salir al territorio a trabajar con poblaciones concretas con necesidad de resolver problemas y mejorar sus condiciones de vida”.

En esta sección de la entrevista, Moya nos conversa sobre este nuevo perfil profesional, pero también sobre el significado negativo que tuvo la antropología aplicada en un primer momento de su historia en la región.

- *Vos sos un ejemplo raro en la Argentina de dar ese curso de “Antropología Aplicada”. ¿Hay muchos cursos de antropología aplicada?*

- No. Esta es la primera asignatura que se da en antropología aplicada en un programa de grado y este año justamente lo daré

en el postgrado, pero solo se encuentra hasta ahora en el plan de estudio de grado. Sí, era como un bicho raro en los planes de estudio de antropología en la Argentina.

- *¿Podemos comentar un poquito lo que pensás vos qué pasa en el resto de América Latina como una manera de hablar de la antropología aplicada en la región?*

- En América Latina creo que la situación no es muy diferente a Argentina en muchos casos, esto tiene que ver también con ciertas ideas también equivocadas que se instalaron sobre la antropología aplicada en América Latina, por cómo comenzó en la región. Me acuerdo cuando estudiaba en la década del noventa (del siglo XX) (perdón que sea autorreferencial, pero quiero bajar un poco a la tierra todas las abstracciones que podemos hablar), la antropología aplicada era una expresión connotada negativamente. Estaba asociada a un ejercicio de la disciplina vinculado con falta de teoría y, sobre todo, muy reñido con principios éticos. Como estudiantes escuchábamos eso, pero nunca nos explicaban por qué tenía esta connotación tan negativa y, de hecho, nuestros profesores nunca decían qué hacía la antropología aplicada, sino que era vista de manera negativa porque trabajaban en organismos internacionales, en sindicatos.

- *¿Había un problema con el término?*

- Sí, porque estaba asociado con estas experiencias históricas que había tenido la antropología aplicada en América Latina, que empiezan desde México. Hay un autor que conocemos todos, Bonfil Batalla, quien fue muy claro cuando planteó cuál era el problema de la antropología aplicada, él habló sobre México, específicamente. El tema era, para decirlo rápidamente, que se importaban teorías y formas de intervención de antropología aplicada de Estados Unidos por los vínculos entre académicos de México y Estados Unidos.

Sobre todo con la línea boasiana de Estados Unidos, empezaron a introducirse los mismos modelos teóricos, metodológicos y de intervención de Estados Unidos en México a través del Instituto Indigenista, es decir, a través del Estado y avalado por éste, en lugar

de ver cuáles eran las condiciones estructurales y socioeconómicas concretas de las poblaciones que supuestamente iban a ser beneficiadas con estos proyectos de antropología aplicada. Para poder entender esas condiciones estructurales había que tener en cuenta no solamente la comunidad, entre comillas “aislada”, sino cuál era el modelo de sociedad que generaba determinadas condiciones socioeconómicas en estas poblaciones. Esta situación de desventaja, o de pobreza, o de vulnerabilidad, no tenía que ver con cuestiones culturales endógenas de los grupos, sino con cuestiones estructurales.

*- Me haces pensar en una de las propuestas que me fascina del trabajo de Bonfil Batalla cuando él trata el tema de la nutrición en Yucatán: en lugar de la palabra desnutrición, utiliza hambre. Ya eso te ejemplifica lo que vos estás hablando.*

- El primero que habla de ese tema es Bonfil Batalla, porque otros investigadores no lo hacían. Los problemas de nutrición son un problema estructural, no un problema cultural. Lo que hace Bonfil Batalla, y otros antropólogos en América Latina que fueron muy críticos de esa antropología aplicada inicial que venía de Estados Unidos, era entender que sí se puede hacer antropología aplicada. Eso era lo que no quedaba claro cuando yo era estudiante en mi contexto de formación como antropóloga. Sí se puede hacer antropología aplicada, el tema es cómo hacer antropología aplicada y de acuerdo a qué modelos. Nosotros necesitamos modelos específicos para América Latina, no modelos importados de Estados Unidos, país que además tiene sus intereses específicos sobre América Latina.

*- Si el término aplicado es tan controvertido, ¿por qué lo seguimos usando?, ¿por qué no hablamos de otros términos?*

- Sí hay otros, como decía al principio. El tema no es tanto discutir sobre el término, sino cómo cambiamos la carga valorativa



Es interesante que los más jóvenes empiecen a desarticular determinadas lógicas académicas.

sobre ese término y entender que puede tener una carga valorativa positiva de acuerdo a cuál es nuestro objetivo como antropólogos. Si nuestro objetivo es mantener el *estatus quo*, o responder a los intereses de determinados sectores hegemónicos, o si nuestro objetivo es transformar la realidad de estos grupos sociales que están vulnerados.

- *Me parece que tiene que ver con cómo nos posicionamos como productores de conocimiento: si producimos conocimiento para hacer otra publicación y que nos den una promoción, o vamos a tratar de interpretar de una manera práctica ese conocimiento que producimos para tratar de transformar la realidad de la gente con la que trabajamos.*

- Totalmente de acuerdo. Es eso. Acá hay un antropólogo, que se llama Marcelino Fontán...

- ¡Yo cursé con él!

- Ah, sí. Marcelino Fontán tenía la materia “Antropología” para la carrera de Trabajo Social en la Universidad de Buenos Aires. Ahí empecé en mis años mozos las primeras experiencias acá. Marcelino es el pionero de la antropología aplicada en nuestro país. Trabajó muchos años en UNICEF en África, tiene experiencia impresionante con un compromiso que nunca dejó atrás; es más, cuando empezaba a sentir que ya estaba haciendo algo que no tenía que ver con sus principios lo dejaba de hacer, ineludible en ese sentido.

Algo que dice Marcelino, que me parece muy importante para los antropólogos aplicados, es entender que nosotros, por ejemplo, trabajamos para elaborar, implementar o participar en ese diseño de políticas, pero nosotros como antropólogos tenemos la posibilidad de entender que detrás de la política o de un proyecto siempre hay ciencia, conocimiento científico. Ahí debemos tener en cuenta los marcos teóricos conceptuales. Pero detrás de ese conocimiento científico, porque el conocimiento científico nunca es neutral, hay intereses políticos y económicos. Eso es lo que nos va a definir: cuál es nuestro posicionamiento como antropólogos aplicados. Esto me parece que es fundamental. Gracias a Marcelino Fontán podemos tener claridad como antropólogos, porque podemos desnaturalizar nuestro propio conocimiento.

- *¿Nos podés sugerir algunos trabajos que pudiéramos revisar?*

- Sí. Marcelino tiene trabajos muy interesantes, hay uno que hizo con las comadronas en Argentina, en el que él actuó desde la antropología aplicada para articular el trabajo entre las comadronas, que son las parteras, y los médicos. El conocimiento local de las comadronas se conjugó con el conocimiento proveniente de la medicina y tenía resultados muchos más eficientes para ese transitar de las parturientas de manera más acorde con sus necesidades, deseos y expectativas locales.

- *¿Qué importancia tiene la antropología aplicada para ampliar la actuación del antropólogo o de la antropóloga?*

- Es un poco todo lo que venimos mencionando. Primero, entender que el ámbito académico no va a estar en condiciones de absorber a todos los graduados y graduadas. Esto será cada vez menos, y por suerte, porque de esta manera los antropólogos van a tener que ubicar espacios en la sociedad para resolver problemas que sean de incumbencia antropológica. Me parece que hay un nicho de oportunidad ahora, que es un poco paradójico, pero en el contexto neoliberal, donde todo es pragmático, donde el conocimiento tiene que servir para algo, donde se estudian carreras que tienen que servir para algo... dentro de esa lógica, que está muy ligada a este mundo neoliberal y conservador, hay mucho de oportunidad para entender la antropología de una manera más práctica, pero no práctica despojada de teoría. No. Sino pensarla en términos de praxis antropológica, la necesidad de articular teoría y práctica, pero a la vez con un compromiso.

- *A lo mejor si usamos otros término que no sea antropología aplicada. Es difícil. Volvemos a lo de los términos.*

- Cada uno de esos términos tiene sus problemas. Pero creo que todavía nos tenemos que poner de acuerdo en cuestiones de base entre académicos y aplicados para poder resolver cuestiones de definición. Y además entender que, por ejemplo, estas acusaciones de falta de rigor teórico o que se podría reñir con la ética, no es un tema exclusivo solo de la antropología aplicada. En la antropología académica también ocurre, lo que pasa es que los antropólogos académicos

cuando van a hacer etnografía, por ejemplo, están solos, no hay nadie que los supervise, vuelven a sus casas o laboratorios a hablar sobre lo que hicieron en el campo y pueden decir lo que se les ocurra.

- *En general son pocos los que tratan de compartir sus datos con las poblaciones de estudio o que estas validen sus observaciones. Por supuesto es un conocimiento interpretativo, no es la última palabra.*

- Esos también son actitudes o decisiones reñidas con la ética.

- *Eso se relaciona con lo que decías antes: practicar ciencia social es practicar de cierta manera política, no en términos de adherencia partidista, sino desde dónde te posicionás. Dada esta situación, ¿cómo verías el futuro de la antropología aplicada, por lo menos en Latinoamérica?*

- Yo tengo esperanzas, porque lo veo sobre todo en las generaciones nuevas que vienen con otra cabeza, vienen formateados y con ganas. En la carrera, los estudiantes tienen que graduarse con una tesina de grado y en un momento se había pensado hacer un mecanismo de graduación alternativo, que eran prácticas profesionales con un informe técnico como producto de ese trabajo en lugar de una tesis. Muchos estudiantes querían esa opción, no porque pensarán que fuera más fácil que una tesis, porque no es más fácil (eso lo tenían muy claro), sino porque les interesa la antropología aplicada, no les interesa hacer carrera individual académica.

Eso me da esperanzas. El problema es que no se puede implementar todavía en la UNSAM, porque, para ser práctica profesional, tendría que haber un antropólogo supervisando a ese estudiante en el lugar de la práctica. No siempre está disponible un antropólogo aplicado y que tenga la disposición de hacer ese trabajo. Hay varios factores a tener en cuenta. Pero creo que las nuevas generaciones vienen con otro pensamiento.

- *A mí también me da mucha esperanza tu esperanza. Si bien estoy jubilada, me interesa siempre contribuir de alguna manera a la formación de las generaciones por venir. Lo veo como algo muy positivo.*

- Pienso que ahí está el futuro de la disciplina. Es interesante que los más jóvenes empiecen a desarticular determinadas lógicas

académicas, que son las que reproducen también esta obsesión por la cantidad de publicaciones.

- *Que son demandas externas y una cuestión estructural.*

- Sí, pero también se relaciona con dinámicas académicas. Me parece que no tiene que alterarse totalmente, pero algunas otras se tendrían que reacomodar.

- *Y ver cómo establecer mayor diálogo entre estos dos polos.*

- Eso es fundamental.

- *Aunque la nueva generación tiende más a la antropología aplicada, tampoco queremos que abandone la academia y para eso se necesita mejor diálogo.*

- Exacto. A eso me refería cuando decía de la necesidad de revisar estas lógicas académicas. La necesidad de garantizar a los nuevos graduados que van a tener, tal vez no una inserción total, pero sí determinados canales a través de los cuales puedan mantener la conexión con los ámbitos académicos. Los antropólogos aplicados están sueltos cada uno en su espacio, sin diálogo con los colegas.

- *Es un poco lo que pasa también dentro de la academia, donde tampoco hay mucho diálogo entre los académicos. Es un tema antropológico.*

- Totalmente. Creo que, en ese caso, tendríamos que hacer una suerte de metaantropología: la antropología de la antropología.



“Es importante salir al espacio público, ya que estamos siempre replegados en las universidades”



MARÍAN MOYA residió durante diez años en Japón. Es actualmente profesora regular de la materia “Antropología Aplicada” de la UNSAM, y profesora de la Universidad Abierta de Cataluña, en las asignaturas “Etnografía”, “Imagen y Cultura”, y “Antropología de los Medios”. Ex becaria del Ministerio de Educación del Japón y de la Universidad de las Naciones Unidas, donde se formó en “Cultura, Desarrollo y Cooperación Internacional”, y “Derechos Humanos en el Sistema de Naciones Unidas”. Es disertante en temas de cultura y desarrollo en el marco de la Cátedra JICA, de la Universidad Nacional de La Plata, y directora del Núcleo de Estudios del Japón en la UNSAM. Respecto de su práctica profesional, fue curadora del proyecto “Arte en las fábricas”, del artista plástico A. Marmo, en Argentina, Japón y República Dominicana, cuyo resultado se plasmó en el libro *Miradas profundas: Registros de una experiencia socioestética* (2008, Editorial Antopofagia). Asimismo, fue asesora en temas de interculturalidad en las empresas Nissan, Mitsubishi, Sumitomo y de la Empresa Nacional de Autopistas, en Tokyo, Japón.

En Argentina, fue coordinadora del Área de Patrimonio Cultural Inmaterial en el Ministerio de Cultura de la Nación y Asesora Cultural en ese Ministerio y en el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Participó en varios proyectos del Centro para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial de América Latina, en Cusco, Perú, y de UNESCO. Es actualmente representante en Argentina de Japan Intercultural Consulting y certificada por icEdge como consultora internacional en temas de interculturalidad.

Moya aboga por la divulgación de la antropología en el espacio público, especialmente a través de los medios de comunicación y redes sociales, con el objetivo de visibilizar la antropología fuera de los ámbitos académicos. Es autora de varios artículos académicos y periodísticos.